

Que España otorgue paz á su enemigo.
 Así el rey Casto en su sitial sentado
 Entre sus ricos hombres discurría,
 En el gobierno y trazas desvelado
 De lo que al reino y su salud cumplía:
 Cnando para hablar en el senado
 Licencia pidió un jóven, que traía
 Del muro de Sansueña, y de su gente,
 Grave embajada para el rey prudente.
 Fueron de aquellos siglos fama honrosa
 Los torreados muros de Sansueña,
 Ciudad insigne, en gente populosa,
 Lo que hoy es de Pamplona aldea pequeña:
 El tiempo con su fuerza poderosa
 Sus grandezas volvió una inculta breña,
 Haciendo que esta suba, y la otra ruede,
 Que esto y mas que esto con sus vueltas puede.
 Dicese que el famoso Ballugante,
 Del primer Viarabi segundo hermano,
 Con franceses despojos de triunfante
 Gente fundó el gran pueblo de su mano:
 En muros y edificios elegante,
 En sitio fuerte, en mármoles galano,
 Famosa corte un tiempo, y del vecino
 Pueblo competidores de continuo.
 Fué cárcel de la bella Melisenda
 En prision noble su almenado muro,
 Donde Gaiferos por inculta senda
 Con las armas de Orlando entró seguro
 A librar su cautiva amada prenda,
 Como la suya Orfeo al reino obscuro:
 Mas si este la perdió por imprudente,
 La suya dió al francés el ser valiente.
 Ganóla el Casto Alfonso al rey Tidoro,
 Y á su reino la puso por frontera,
 De armas ceñida contra el pueblo moro,
 Que en sangrientos rebatos persevera:
 Tenian sus torres chapiteles de oro,
 Y el firme muro, que de jaspes era,
 Por mas emulacion contra Pamplona
 De almenado alabastro la corona.
 De cien torres altísimas cargado
 Da su alcázar real espanto al rio,
 A quien un soto de álamos cercado
 De bosque sirve, y de jardin sombrío:
 Aquí Bastan, Alcaide celebrado
 Un tiempo de Zamora, con su brio
 Sus fronteras enfrena, y aquel dia
 Su mensajero al Casto Alfonso envia.
 Diósele grata audiencia, entró, y besando
 La mano al rey, y habiendo conseguido
 De hablar licencia el generoso Ovando,
 Uno entre mil valientes escogido
 Para este grave caso, levantando
 La voz, dijo: «señor esclarecido,
 Sansueña, y su virey, de tu alegría
 Con mi persona el parabien te envia.
 Goces felices años la victoria
 Que á Miño espanto dió, y la nueva guerra
 A tus piés reales traya en triunfo y gloria
 Cuanta honra el mundo en su ambicion encierra;
 Y en trofeos dignos de inmortal memoria
 La tuya asombre con su voz la tierra,
 Y por ley de tu mano y estatuto
 Párias te den sus reyes y tributo.
 Celebrando en real pompa la grandeza
 De tu victoria, célebre jornada
 Da á Sansueña Bastan, noble cabeza,
 De juventud florida coronada:
 Entre alegres bohordos la braveza
 De Zumail la vió sobresaltada,
 Que á echar por tierra su almenada cerca
 Con cien mil combatientes se le acerca.
 Por socorrer á Mahamud en Lugo
 De Nájera este ejército salía,

Que para echar de sí el infame yugo
 De Córdoba y Hesen juntado habia:
 Y el hado que ya fue cruel verdugo
 En la muerte infeliz de Harpalia
 Hijo de Zumail, le trajo un moro
 A su córte, llamado Cardiloro,
 Hijo del rey, que en Avamonte tiene
 Cetro sobre el tendido Guadiana,
 Y nieto del que digo, á quien conviene
 El reino por su madre Balhamana;
 Pues este moro que á heredarle viene,
 De ambicion lleno y de arragancia vana,
 Hecho dueño del campo, su real sena
 Y el camino volvió para Sansueña.
 Llególe dentro en Nájera el aviso
 De tu ilustre famoso yencimiento,
 Con que de rabia hundir el mundo quiso
 En cruel venganza y bárbaro escarmiento,
 Y culpando á su pecho de remiso
 La jornada mudó, y trocó el intento:
 Dejó la Rioja, y por camino llano
 A Ebro el curso hurtó á la diestra mano.
 No huye de sus aguas percerosas,
 Que en Sansueña ha jurado de bebellas
 De Arga, y que á sus murallas espaciosas
 Hombre no ha de dejar ni almena en ellas;
 Y no son todas befas jactanciosas,
 Que la cruel experiencia vuela entre ellas,
 Y el bárbaro feroz por donde pasa
 Todo en cruel fuego y en rigor lo abrasa.
 Trae voz de dar seguro y libre paso
 Al francés, que ya marcha por su tierra,
 Y á pesar nuestro con sus armas raso
 El fragoso camino de la sierra:
 Este es, señor, de mi venida el caso,
 Y aviso que te traigo desta guerra,
 Deste nuevo enemigo á tu corona,
 Unido á la de Francia, y de Pamplona.
 Por Viana á Sansueña va derecho,
 Con grande orgullo, y con mayor pujanza,
 Y puesta tu ciudad en este estrecho,
 Solo en tu real valor halla esperanza;
 Que aunque de Viriato el fuerte pecho
 Volviese al mundo á gobernar su lanza,
 En el presente riesgo sin tu amparo
 Nuestro sabio temor haria mas claro.»
 Dijo, y envuelta el rey en mil cuidados
 La casta alma y prudente fantasía,
 Los unos de los otros atajados,
 Ni en este asiento, ni en aquel se fia:
 No halla cuales son los acertados,
 Cuales seguir ó desechar debria,
 Que al discurrir de su alto pensamiento
 Todo se altera y mueve en un momento.
 Como tal vez con rayos tembladores,
 En nocturna quietud luna argentada,
 De un jardin bello hiere entre las flores
 Remansos sin color de agua espejada,
 Reverberan los vivos resplandores
 En la cercana bóveda dorada,
 Y bullen sus vislumbres sin provecho
 Los varios lazos del dorado techo.

ALEGORIA.

Garilo que huyendo de unos amigos en otros con nin-
 gunos se asegura, significa la inquietud que trae el vi-
 cio, y quien le sigue, y como una mala conciencia á sí
 misma se lleva, donde quiera que va, por azote de su
 culpa.
 En Argina librada por Ferraguto, en la historia y su-
 cesos de su vida, lo mucho que importa tratar con bue-
 nos, pues no se interesa menos que serlo por su inter-
 cesion.
 Ferraguto, enamorado por relacion de la hermosura

de Galiana, muestra que un hombre distraido, con cual-
 quiera causa, por liviana que sea, se ocasiona á sus sen-
 sualidades.
 En las parcialidades y guerras civiles de los reyes
 moros de España, se descubre el gran daño que viene á
 un reino de tener muchas cabezas, y lo que la ambicion
 sabe sembrar de disensiones, cuando halla dispuestos
 para ello los animos de los príncipes.

LIBRO SESTO.

ARGUMENTO. Cuenta Garilo una fábula á Orlando, y á los suyos,
 á fin de divertirlos, preguntándoles cual sea el don mayor de
 la fortuna. Descubre Bernardo desde el navio persiano una
 fresca isla, donde lleva á Ormandaro para curarle; halla en
 ella á Gundemaro, un noble español, que despues de curar
 al rey sus heridas hace á Bernardo una agradable relacion de
 sus infortunios.

Así el prudente Alfonso la inquieta
 Fantasia baraja en varios modos,
 Y al peso del gobierno con discreta
 Prevencion los tantea y mide todos:
 Dan y toman el caso en su secreta
 Consulta el rey y sus valientes Godos,
 Buscando á tantos golpes de fortuna
 Salida honrada si ha quedado alguna.
 Así, señor, en vuestro real consejo,
 Presidiendo á sus graves senadores,
 De sabia magestad sois limpio espejo,
 Y al mundo repartís honra y favores:
 Homero en letras, Néstor en consejo,
 Freno al mayor, amparo á los menores;
 Y así tambien os miro, y considero,
 Armado de prudencia en vez de acero.
 Allí, despues de varias opiniones,
 Del consejo de guerra fue acordado,
 Que á toda diligencia las legiones
 Del victorioso campo reforzado,
 Con don Tibalte rompan los mojones
 Del navarro distrito, y alojado
 Sobre Sansueña pare, y entre tanto
 Su córte pase á Burgos el rey santo.
 Así en su sala real, de sabios llena,
 El santo rey en cetro y silla de oro
 Los graves casos de la guerra ordena,
 Y al frances pone espanto, y miedo al moro:
 Cuando en las sierras de Narbona suena
 Del astuto Garilo el falaz lloro,
 Con que engañado á quien le escucha lleva
 Al ciego enredo de su historia nueva.
 Era Garilo de ánimo doblado,
 En sutiles astucias atrevido,
 Vario, cauto, mudable, recatado,
 De enjuto rostro, y corazon fingido,
 De color verdinegro retostado,
 De erizado cabello, retorcido,
 Los alterados ojos, aunque vivos,
 Atraidorados al mirar, y esquivos.
 De Mauregato el rey bastardo hijo
 En Girona nació de una aldeana,
 En traicion siempre el pensamiento fijo,
 Resabios de la leche catalana;
 O el triste agüero que el furor predijo
 De la paterna sangre mauritana,
 Que ahora en pomposo estilo, y voz valiente,
 Así engañando va la franca gente.
 «Segun de mis mayores he aprendido
 Aquella sangre real hierve en mi seno,
 Que al triforme Gerion de cuello erguido
 Doblado yugo puso, y firme freno;
 Y aunque en humildes paños encogido
 De reyes el linaje tengo lleno,
 Que es el mayor valor que á una persona
 Las obras le quilata y perficiona.

Del caudaloso Tarno en la ribera
 Un aldea humilde goza su frescura,
 Adonde en busca de la luz primera
 Dejó el antiguo seno en noche obscura:
 Aquí tambien nació, que no debiera
 Por principio á mi ciega desventura,
 La aldeana mas bella, y mas lozana,
 Que jamás se vistió ropa aldeana.
 Si en humano retrato su belleza
 Posible fuera ó lícito sacalla,
 De rosas coronada la cabeza
 Gloria de la beldad fuera el miralla:
 Mas sube á tal quilate esa fineza,
 Que á querer la arrogancia dibujalla,
 A lo menos perfecto no llegara,
 Aunque el pincel de la aficion pintara.
 Nacimos juntos y al igual nacía
 Amor en nuestros tiernos corazones,
 Que al blando trato y la igualdad crecía
 De agradables placeres y pasiones:
 Penas tambien entre el contento habia,
 Que el amor donde faltan simrazones,
 El tierno gusto con su dulce estraga,
 Y aquello que apetece le empalaga.
 Son lo fino de amor los sinsabores
 De un no sé qué de cierta niñería,
 Y las mezcladas penas con favores
 El dulce riego que lo aumenta y ería:
 Ni en el campo el verano es todo flores,
 Ni en amor todo gusto y alegría,
 Antes mezclados gustos y disgustos,
 Del suyo son los verdaderos gustos.
 Entre esta variedad de sentimientos
 Ya temiendo, ya huyendo, ya esperando,
 Grandes cosas pasé, en que mis contentos
 Creciendo á veces fueron y menguando:
 Amor á mis felices pensamientos,
 Ahora contradiciendo, ora ayudando,
 Si la fortuna en algo me terciara,
 Su triunfo estaba y mi victoria clara.
 Mas fue á mi blanda fe tan rigurosa,
 Y á mis tiernos propósitos tan fuerte,
 Que cuando la hallé mas amorosa,
 Jamás sin un azar me salió suerte:
 Y á quien con vista mira desdeñosa
 El tesoro en carbones le convierte,
 Que cuantas glorias su inconstancia vende,
 Son si falta sazón bienes de duende.
 Ya la ocasion, ya el tiempo me faltaba
 Ya el un estorbo al otro sucedía,
 Ya el padre, ya el hermano me ocupaba,
 Ya la luz, ya la noche me ofendía:
 O no tenia cuidado, ó me sobraba,
 O ya me desvelaba, ó me dormía,
 Que donde no hay ventura todo es muerte,
 Por bien que acuda al paladar la suerte.
 Eran mis inconstancias de manera
 Que nada me acertaba á dar concierto,
 Ni ser en el amor de blanda cera,
 Ni al frio desden mostrar el pecho abierto:
 Que el sabor y regalo que pudiera
 Resucitar sin fe un amante muerto,
 En mí era enfados de tibieza seca,
 Que una desgracia hasta los gustos trueca.
 Y como el fino amor no es otra cosa
 Que un reloj de artificio concertado,
 O de pulso sutil y mano airosa
 Un instrumento músico templado,
 Que de su consonancia numerosa
 Lo fino está en un punto delicado,
 Cuya armonia mientras mas perfeta
 Con mayor disonancia se inquieta.
 Así cualquiera humilde niñería
 Con tal facilidad nos alteraba,
 Que á un blando soplo de aire parecía

Que el mundo con borrascas se anegaba :
 Andábamos sin luz en medio el día,
 Ciegos tras el que ciego nos guiaba,
 Gozando entre temores indiscretos
 De un inconstante amor varios efetos.
 Del viejo Tarno en la ribera amena
 Con cierta salva antigua está guardada
 Una rústica cueva, en que se suena
 Tener la primer agua su morada :
 De verde orin y antiguas lamas llena
 Vi una pendiente pena socavada,
 A donde en fértil urna cristalina
 El claro y fugitivo Dios se inclina.
 De selva antigua y húmeda alameda,
 En confusa espesura rodeada,
 En rama y hoja el bosque así se enreda,
 Que el sol no halla á su frescura entrada,
 Donde vestido de amorosa seda,
 De ovas la verde frente coronada,
 De las ninfas en medio el casto coro
 El río enjuga sus cabellos de oro.
 Yo aquí en la regalada compañía
 De mi amorosa Gila entretenido,
 De los bienes gocé en que amor teja
 Los graves males donde me ha traído:
 Y aquí la noche de un siguiente día
 Venir los dos dejamos con olvido,
 Para de mil fatigas y dolores
 Coger el fruto y flor entre las flores.
 Fue concierto sin orden desastrado
 De amor y mocedad hecha de antojos,
 Tiempo mas largo, día mas pesado,
 Ni el mundo tuvo, ni le abrió en mis ojos:
 Ni de Faeton corrió mas abrasado
 El cielo lleno de carbuncos rojos,
 Que tú, Apolo, tuviste el alma mia
 El largo curso de aquel corto día.
 Ni del nuevo laurel aborrecida
 Con tantas veras fue tu hermosura,
 Ni de Tisbe y de Piramo tenida
 Tu luz y tu verdad por mas oscura,
 Ni de nadie tu ausencia pretendida
 Con tanto gusto fue y con tal locura,
 Ni á nadie con negar tus rayos diste
 Noche, mas ciega, confusion mas triste.
 Tuvo mi Gila á Silvio por hermano,
 Y yo á Tarciso por mi caro amigo,
 Tarciso, que por fácil y liviano
 Le era entonces contrario y enemigo:
 Y de mi amor y mi concierto vano
 Solo este por mi gusto fue testigo,
 Para traerme la fortuna al puesto
 De la última miseria en que me ha puesto.
 Aquella noche junto á la posada
 Donde el tesoro de mi bien vivía,
 Al tiempo de la seña concertada
 El fiel Tarciso por me hablar venía:
 Cuando de su enemigo en la celada
 Cayó, que armado por su mal le había,
 Y con ir descuidado obró de suerte,
 Que el oculto agresor le dió la muerte.
 El desangrado Silvio en tierra muerto
 A la sazón cayó que yo llegaba
 Al desdichado fin de mi concierto,
 Y la justicia al matador buscaba:
 Como pasar me vieron encubierto,
 Y que sin ocasion me recataba
 Con la sospecha de antes concebida
 En los livianos pasos de mi vida,
 A la cárcel de allí, y de allí á la muerte
 Sin mas culpa y razon fui condenado,
 Feliz engaño, venturosa suerte
 Si el verdugo la hubiera ejecutado:
 Mas la oculta verdad, diamante fuerte,
 Que es encubierto sol entre nublado,

Cuando en mi bien pensé que anochece,
 Dió con su nueva luz principio al día.
 Tarciso de piadoso amor movido,
 Intrépido al rigor de la sentencia,
 A la cárcel se fué, y allí rendido
 Su culpa descubrió por mi inocencia:
 ¡Oh hazaña leal de pecho no fingido,
 Digna de mas que humana reverencia,
 Modelo de amistad, no de la tierra,
 Donde tan poca fe y lealtad se encierra!
 Yo sin culpa quedé, y él condenado,
 Y por mi libertad puesto en tormento
 El viejo Alfeo, padre regalado
 Del dueño de mi honesto pensamiento:
 El libre vulgo, y su rigor notado,
 Y el honor de su hija por el viento,
 Juntarnos pretendió, y con solo un nudo
 Atar todas las lenguas, y no pudo.
 Yo que tan adelante mi ventura
 Vi, cuando el tierno amor no me obligara,
 De Gila la nobleza y la hermosura
 Por grillos y cadenas me bastara :
 Tuve ya mi bonanza por segura,
 Mi buena suerte por notoria y clara,
 Mas ni en fortuna sale bien sin cuenta,
 Ni en el amor bonanza sin tormenta.
 Por mi Tarciso á muerte condenado,
 Yo por su causa en gloria tan cumplida,
 Fuera de ingrata villanía notado
 No rescatar su muerte con mi vida :
 De la cárcel resuelto y arrojado
 Franquearle quise y pude la salida,
 Al fin libre salió por traza mia,
 Y yo de todo el bien que antes tenía.
 Alfeo desde allí por sospechoso
 En la muerte me tuvo de su hijo,
 Y en Gila el dulce título de esposo
 En un punto se dijo, y se desdijo :
 Acabóseme en esto el ser dichoso,
 Sucedió nuevo llanto al regocijo,
 Y en las alegres bodas por lo dicho
 Silencio se nos puso, y entredicho.
 Entre males y bienes navegando
 Algunos días fui de esta manera,
 Mi Gila y la fortuna variando
 Ya á mis quejas, de mármol, ya de cera :
 Hasta que de una vez fue derribando
 La máscara falaz y lisonjera,
 Poniéndome por fin de su mudanza
 Donde ni llega el bien ni su esperanza.
 Contra Tarciso el agraviado Alfeo
 Modos para vengarse procuraba,
 Si faltaba la edad á su deseo,
 La ira y el coraje no faltaba :
 Ved de fortuna el áspero rodeo
 Por donde el de mis cosas gobernaba,
 Cierta dama á mi amigo entretenía,
 Que Gila sospechaba que era mia.
 Y en aquel tiempo que la noche oscura
 A los delitos dá paso seguro,
 De su amor á gozar la hermosura
 Tarciso entraba por un roto muro :
 Adonde algunas yo en sazón segura
 Acudí á verle entre el silencio obscuro,
 Y Alico tras su venganza las mas dellas
 Contaba al cielo todas sus estrellas.
 Era un anciano labrador sin gusto,
 Temeroso, pertinaz, cauto y callado,
 De hombros metido, y de ánimo robusto,
 De espesa barba, y pelo ensortijado :
 Cejas y labios gruesos, rostro adusto,
 De juicio malicioso, y porfiado,
 Estrechas sienas, y discurso duro,
 Y en nunca perdonar villano puro.
 Pues como entre otras noches la postrera

A Tarciso acechase su enemigo,
 Y yo al salir, en ronco acento, amuera
 El traidor, » dijo, y ciego entró conmigo :
 Sin sospechar ni conocer quien era,
 El justísimo cielo me es testigo,
 Que antes de tener culpa, el pecho abierto,
 Ante mis piés cayó de un golpe muerto.
 Al caer conocí mi desventura,
 Y el contrario rigor del duro hado,
 Salvéme á vueltas de la noche oscura
 Del ciego pueblo contra mí alterado :
 Ni disculpa bastó ni fue segura
 Al corazon de Gila alborotado,
 Mas de rabiosos zelos desabrida,
 Que de ver á su padre sin la vida.
 Convino por huir la infame muerte
 De dulce vida hacer amarga ausencia :
 ¡Ingrata Gila! pues por complacerte
 Todo mi bien dejó ante tu presencia :
 Si para despedirme, y para verte
 Me volviste, cruel, á dar licencia,
 ¿Por qué no me la diste?... mas si dieras
 Para quedar, señora, si pudieras.
 Pues siendo ya forzosa mi partida
 La palabra me diste, que bastaba
 Para anudar la trabajosa vida,
 Que incierta en mi y dudosa se mostraba :
 La triste hora llegó á la despedida,
 Y que no vuelva, dijo, me mandaba,
 Sin le llevar el don mas soberano
 Que la fortuna ofrece de su mano.
 Y aunque grandes regiones he corrido,
 Rastro de lo que busco no he hallado,
 Ni quien á mi pregunta dé sentido,
 Ni el punto alcance á ver de mi cuidado :
 Lo que dar no se puede me ha pedido,
 Porque en buscarlo muera desterrado,
 Que no puede tener otra salida
 Demanda al parecer tan no entendida.
 De una desgracia en otra, y de una en una
 Hasta morir por todas discurriendo,
 Pidiendo sin juicio á la fortuna
 Lo que ni ella entiende, ni yo entiendo :
 Ella no da felicidad alguna,
 Y yo felicidad suya pretendo,
 Y buscar bien perfecto de su mano,
 Es pedir sangre noble al que es villano.
 Nuevo camino por el mundo abierto
 En nuevas gentes tengo; que he cursado
 Las escuelas de Atenas, y el desierto,
 Egipto de hombres sabios habitado,
 Sin á mi enigma hallar sentido cierto :
 Y á no haber sus oráculos callado,
 A la parlera Grecia fuera á solo
 Consultarle sus tripodes á Apolo.
 Ya al rastro incierto deste fin sin guia
 De la misma fortuna el rigor grave,
 Sobre el estrecho mar de Africa un día
 Al sordo viento destorcí la llave :
 Cuyo soplo mostró que su porfia
 Haciendo iba la mia mas suave,
 Pues al cruzar por un mordaz bajío
 A mi solo salvó, y rompió el navío :
 Donde de hambre y sed me consumiera
 Si con sola una muerté se vengara,
 Y para darme mil no previniera
 De un corsario sin ley la fusta avara :
 Que no así presto en su voraz galera
 De un remo me dió el cómitre la vara,
 Cuando de mi tasado bien airada
 Con cien muertes quedó desagraviada.
 Quizá le enfada que ande por el mundo
 Los puntos quilatando de sus bienes,
 Cuál el primer lugar, cuál el segundo
 En sus favores goce y sus desdenes;

Pues ni en la tierra ni en el mar profundo
 Treguas conmigo quiere ni rehenes,
 Enviándome en la suerte mas contenta
 Riesgo en la tierra y en la mar tormenta.
 Abre sus velas el corsario al viento,
 La playa de menudas olas llena,
 Acentos de placer y de contento
 Es cuanto en las cercanas playas suena :
 Mas la inconstante, cuyo fundamento
 Fabricado en las ondas es de arena,
 No tardó en tomar cuenta á esta alegría
 Mas que en venir la noche, y irse el día.
 Vimos del sol la lámpara encendida
 En el agua salada amortiguarse,
 Y la noche tambien de agua nacida
 Entre negros celages levantarse,
 La mar alborotada y desabrida
 Con huecos tumbos de olas encrespase,
 Viniedo siempre de Eolo en aumento
 El frío soplo y destemplado aliento.
 Al fin, cuando apuntaba en el Oriente
 El nuevo día de color de grana,
 Sembrada en el salado mar la gente
 El sol la vió de su primer ventana :
 Y de una roca el vergantín pendiente
 La blanca costa con la espuma cana
 Amenazando está, y allí fortuna
 Sus victorias contando de una en una.
 De la cercana playa en el arena,
 Cual de antigua ballena vomitados,
 Entre temor, entre alegría y pena,
 Algunos nos hallamos arrojados :
 Y la ribera de despojos llena,
 Volvimos á robar bienes robados,
 Que á los pobres y ricos de contento
 El estado trocó al trocarse el viento.
 El corsario murió, y los mas preciados
 De su alevé y constante compañía,
 Y de la chusma cual y cual llevados
 Del gusto fueron tras su incierta guia :
 Conmigo solos dos pechos honrados,
 Que á un remo una cadena nos ceñía
 Se avinieron, y este alto dromedario
 De lo mejor cargamos del corsario.
 Y aquellos seis alevés saltadores
 Hoy á mis compañeros dieron muerte,
 Y estos son que he contado los favores
 Mas ricos y granados de mi suerte :
 Visto habeis de mi mal los borradores,
 Ved si alguno en vosotros hay que acierte
 Para mi bien el don mas soberano
 Que la fortuna ofrece de su mano.
 De tres años fue el plazo señalado
 Para en su rastro desvolver el mundo
 Y de los dos el uno es ya pasado,
 Y mas de las tres partes del segundo.
 Dijo; y cual si quedara enajenado
 De un grave pasmo y éxtasis profundo
 Hizo cierto ademán, que aunque fingido
 Dejó al de mas dureza enternecido.
 Su traza, y la elocuencia de su cuento
 De todos con blandura exagerada,
 Cada cual desvelaba el pensamiento
 En la pregunta rústica intrincada :
 ¿Qué bien tiene fortuna de momento?
 ¿Qué gloria que no sea barnizada?
 ¿Qué soberano don Gila entendiese
 Que el vario monstruo de importancia diese?
 «Las riquezas serán, dijo un grosero,
 Que es el don mas perfecto y deseado,
 Que á quien vive en el mundo sin dinero
 El mas supremo bien es bien soñado :
 Al rico el mas mordaz es lisonjero,
 Y el pobre mas dichoso desdichado,
 Sino mostradme un rico con disgusto,

O algun pobre que en serlo halle gusto.
 No pasó el catalan por ese engaño,
 Que mil ricos halló sin alegría,
 No se corta el contento de ese paño,
 Ni solo el oro los placeres cria:
 Midas nos servirá de desengaño,
 Que un mundo en rubias masas convertia,
 Y de hambre se acabara si los vanos
 Tesoros no llevara de las manos.
 Cuanto mas que el deseo de riqueza
 Al compas que ella crece va creciendo,
 Y el ver tan inconstante su firmeza
 El alma va y el gusto carcomiendo:
 La ayuna amarillez de la pobreza
 Se está cuanto mas lejos mas temiendo,
 Que al fin son bienes muertos, y no hay duda
 Que los gobierne un monstruo que se muda.
 Ricardo dijo, «en bienes de fortuna
 En toda estimacion el mas cumplido,
 Que acompañando sale de la cuna
 Un hombre hasta las ondas del olvido,
 Sin que le borre adversidad alguna,
 Es sangre ilustre, y parto bien nacido,
 Don aunque de fortuna tan cuadrado,
 Que quitar no le puede una vez dado.»
 Alguno dió con la opinion presente
 La duda por resuelta y acabada,
 Mas visto el caso con madura frente
 Felicidad salió poco fundada:
 Mil reyes al nacer vió el sol de Oriente,
 Que al ponerse vió en muerte desastrada,
 Y otros volar al cuerno de la luna
 De oscuros paños, y de humilde cuna.
 Silverio altivo en ambicion fundado
 «El don, dijo, que Gila te ha pedido,
 Del sacro imperio es el mandar hinchado,
 Del ánimo mortal tan pretendido:
 Si violar el derecho está vedado,
 Por causa de imperar se ha permitido,
 No hay carga tan pesada y mal tan grave,
 Que no se vuelva con mandar suave.
 Y bien que en estos reinos de fortuna
 No se puede alcanzar bien sin mudanza,
 No hay en todo el creciente de la luna
 Un punto, ó dure ó no, de mas privanza:
 Si á la enigma desdice en cosa alguna,
 Es no caber tal don en tu esperanza,
 Ni en Gila, si ya no es que desasuerte
 De sí te echase para nunca verte.»
 Garilo respondió, «cuanto se encierra
 Del dulce mando en el pesado oficio,
 Es en traje de paz sabrosa guerra,
 Y con voz de virtud honrado vicio:
 Que á los que hace dioses de la tierra
 Su quietud les ofrece en sacrificio,
 Y no es mas la grandeza del imperio
 Que honrosa sujecion y cautiverio.
 Y á lo que dices que en mi corto pecho
 Pensamiento no cabe y don tan grave,
 Quiero que sepas que en lo mas estrecho
 Este ancho mundo y otro mundo cabe:
 Y no es esta ambicion de mas provecho
 De lo que la fortuna ordena y sabe,
 Pues con trocar ó destrocar la mano
 Cabe mas que eso en el valor humano.»
 De la aguda respuesta en lo arrogante
 Mostró el sabio español su ánimo altivo,
 Que no hay en su nacion pecho importante
 Que un pensamiento igual no tenga vivo:
 El mas humilde en sangre, el mas distante
 De su humildad tal vez en rostro esquivo
 Desprecia, y á pesar del parto inmundado
 Hijo se hace del sol, que es sin segundo.
 Desta manera en pláticas sabrosas
 Dulces porfias levantan y cuestiones,

Los unos de unas, y otros de otras cosas,
 Sus discursos fundando y sus razones;
 Hasta poner las penas amorosas,
 Fortuna, entre la cuenta de tus dones,
 Como si á amor ser ciego no bastara,
 Sin que un ciego furor le gobernara.
 Quien á tal opinion dió fundamento,
 No es posible que fuese enamorado,
 O si lo fue, lo fue de cumplimiento,
 Por algun caso de interés forzado;
 Pues el fruto de un claro entendimiento,
 Y la eleccion de un gusto regalado,
 Hizo de la fortuna don escaso,
 Que no da bien ni mal sino es acaso.
 Orlando, ya despues que en largos cursos
 Sobre el don altercaron de Garilo,
 Conformándose que eran los recursos
 De su viaje buscar la fuente al Nilo,
 Cuando salian ya á nuevos discursos,
 El al presente así le anuló el hilo:
 «Todos han dicho, dijo, y yo podria,
 Si entre tanta opinion cabe la mia.
 Y tú, villano, si á los varios casos
 Que en sumario discurso has referido,
 Y de tu vida á los mudables pasos
 Con atencion hubieras advertido,
 Mas claro los favores mas escasos
 A tus enigmas dieran el sentido,
 Y el oráculo allí vieras mas cierto
 Entre tus mismas cosas descubierta.
 Y si la fama que á tu Gila has dado
 Pintando su beldad no es ingeniosa,
 En el don que ha pedido se ha mostrado
 No menos avisada que hermosa:
 Buscar lo que te falta te ha mandado,
 Mira tú si te falta alguna cosa,
 Y esa misma le lleva, que sin falta
 Ninguno busca lo que no le falta.
 A burla de tu enigma delicada
 Parece mi respuesta dirigida,
 ¿Qué voluntad habrá tan ajustada,
 Que no le falte ó sobre la medida?
 ¿Qué suerte tan perfecta y acabada
 Saldrá sin un azar en esta vida,
 Donde cuando mas rico estés de bienes
 Hallarás que te faltan mas que tienes?
 Pues si todo su bien por este modo
 La fortuna lo da al mas bien librado,
 A quien le tiene ya dado del codo,
 ¿Con qué podrá dejarlo remediado?
 Sino decimos que en faltarle todo
 Le sobre todo el bien á un desdichado,
 Y en no tener felicidad alguna
 Tenga ganado el juego á la fortuna.
 Mas si se ha de entender de alguna suerte
 Y tu demanda tiene algun sentido,
 Ya que en vida falaz sujeta á muerte
 Ni entre bienes de tierra hay bien cumplido,
 El mas rico, mas dulce, y de mas suerte
 De todo mortal gusto apetecido,
 Es el que falta en tí, y á veces falta
 Al que en fortuna echó raya mas alta.
 Y aunque buscar sin el feliz contento,
 Buscar en ciega noche el sol seria,
 Suele tener tan flaco fundamento,
 Cual le tiene la causa que le envia:
 Y el bien que al irse hereda el sentimiento,
 Es no haber visto el rostro á la alegría
 Mas que para martirio á la memoria,
 Quedándole del bien sola la historia:
 Pues aunque esté conforme á su hechura
 Es como los demás de poco asiento,
 Por aquel breve tiempo que nos dura
 En nada halla estorbó nuestro intento:
 Todo con su presencia lo asegura,

Enfrena el mar y desenfrena el viento,
 Y de tanta deidad es su cadena,
 Que á veces la fortuna misma enfrena.
 Cuanto sujeto á tiempo y á mudanza
 Se ve en el claro espejo de la luna,
 Cuanto cabe en deseos y esperanza,
 Esta es en dispensarlo sola una:
 Es la medida, el peso, y la balanza
 Y fuente de los bienes de fortuna,
 Y aun suele subir tanto su creciente,
 Que es la fortuna arroyo de su fuente.
 Es su nombre Ventura, y su ejercicio
 Colmar de bienes al deseo humano,
 Levantarnos las cosas de su quicio
 Hasta darles renombre soberano:
 Dorar con nombre de virtud el vicio,
 Y en solo andar colgado de su mano,
 No darás tropezon ni desatino,
 Que no te haga adelantar camino.
 La sangre, las riquezas, el imperio,
 Y todos los demás bienes colmados,
 Son infamia, pobreza y vituperio,
 Sino vienen con esta acompañados:
 Libertad sin ventura es cautiverio,
 Los cautivos con ella libertados,
 Y es tal que pudo y puede entre mortales
 Sacar males de bien, y bien de males.
 Sola esta en el discurso de tu historia
 Si bien lo consideras te ha faltado,
 Esta en infierno convirtió tu gloria,
 Y de una muerte en otra te ha arrojado:
 Esta pues busca, y halla, y de la escoria
 Te volverá el crisol oro acendrado,
 Y sin mover el pié ni alzar la mano
 Harás jornada, y llegarás temprano.
 Al fin del bien humano es los extremos,
 Y aunque en esto no duda, todavía
 Contar quiero una historia, en que veremos
 Con su extraña verdad clara la mia:
 Todas las cosas que en el mundo vemos,
 Cuantas se visten de la luz del dia...»
 Así Orlando empezó, mas yo á Bernardo
 Mi pluma guio, y tuerzo el vuelo tardo.
 Que ya le veo en el galeon persiano,
 Vencido el rey, y Angélica robada,
 Triste, aunque victorioso, que es villano
 Quien del ajeno mal no siente nada:
 Curó al rey las heridas de su mano,
 Apaciguó la gente alborotada,
 No siendo menos blando que robusto
 El que antes fue verdugo de su gusto.
 Y no sabiendo para cual derrota
 Las velas amurar al tardo viento,
 Que en crespas olas con tibieza brota
 Del cristalino y húmedo elemento,
 Desde la gavia al Sur no muy remotas
 Una isla vieron de agradable asiento,
 Que llena desde lejos se figura
 De agradables florestas y frescura.
 Parece alegre sitio acomodado
 A curar al rey persa sus heridas,
 Y que el vencido pueblo destrozado
 Las fuerzas cobre entre el temor perdidas,
 Y ver si halla tambien puerto poblado,
 Donde de aquellas playas no sabidas,
 Isleño natural, ó gente estraña,
 Navío le flete en que volverse á España.
 La errada proa el práctico piloto
 Al punto á sus cercanas playas vuelve;
 Y de comun consentimiento y voto
 La blanca costa en que surgir desvuelve:
 Salta la chusma, crece el alboroto,
 Suena el ruido, y el clamor revuelve
 Quebrado en ecos por las altas rocas,
 Que azotan los delfines y las focas.

Salió á reconocer Glauro la tierra,
 Gran piloto y cosmógrafo persiano,
 A quien Planco obligó á seguir la guerra
 Por haber muerto á Periarcon su hermano:
 Este subió á la cumbre de una sierra,
 De adonde descubrió un florido llano,
 Y en la mar en la punta de un bajío
 Destrozos de una barca y de un navío.
 A la orilla de un rio entre las flores
 Sobre un pequeño monte vió enredada
 Una humilde chozuela de pastores
 Antigua al parecer y despoblada,
 Desiertos los demás alrededores,
 Y al esconce del cerro una ensenada
 Playa figura y abrigado puerto,
 Entre una selva y un peñasco abierto.
 De la áncora mordaz el corvo diente
 Firme agarró por el arena blanda,
 Saltó Bernardo en tierra, y diligente
 Al rey llevar mandó de la otra banda,
 Y un rico pabellon resplandeciente,
 Por el mucho oro y perlas plantar manda,
 Sobre arrimos de plata y argollones
 En que repose, y curen sus pasiones.
 Y en tanto que se planta y adereza,
 Con corvo arco pasó tras un venado
 Del bosque inculto la áspera maleza
 A la vecina cumbre de un collado,
 Donde una humilde choza alzar cabeza
 Vió alegre, y aunque sola halló á un lado
 Unas armas y escudo, y recién hecho
 De verba y flores un pintado lecho.
 Púsose á atalayar desde la puerta
 A un lado y otro, cuando junto al rio
 Un hombre vió venir por la encubierta
 Que al sol hacia el páramo sombrío,
 Flaco, mústio, sin tez, la color muerta,
 Aunque gallardo en el semblante y brío,
 Que hacia Bernardo en viéndolo se vino,
 Y él á encontrarlo le salió al camino.
 Soludáronse afable y cortesmente,
 Y humilde el español pidió al isleño
 Si lo sabe le diga de la gente
 De aquella isla florida, y de su dueño:
 Si es desierta ó poblada, si al presente
 Sabe en ella lugar grande ó pequeño
 Donde curar un caballero herido,
 Que allí fortuna le arrojó perdido.
 «Señor, dijo el isleño, esta ancha tierra
 Toda es de suelo y clima desdichada,
 Un mar profundo y áspero la encierra,
 Desierta en lo demás y despoblada:
 Y si algo habita aquí en discordia y guerra
 Es á mi parecer gente encantada,
 Que en fantasmas y bultos inhumanos
 De noche cruza por los aires vanos.
 Poco ha que la fortuna desdenosa
 Su arena hizo estampas de mi huella,
 Con un viento y borrasca peligrosa
 Que armó en el aire mi contraria estrella,
 Quedando yo en su playa pedregosa
 Vivo para morir despacio en ella,
 Que á quien como ahora á mí se muestra brava
 Por no acabar sus males no le acaba.
 Otro mancebo se salió conmigo,
 Los demás sorbió el mar por sus riberas,
 Y este sin culpa mas que ser mi amigo
 Ya por los montes es manjar de fieras,
 Que solo basto yo para testigo
 De su inconstancia, y los que mas de veras
 En su rueda midieron altibajos,
 Ni se vieron tan altos ni tan bajos.
 Es de mi vida larga la tragedia,
 Y tal que amarga aun el contar la historia,
 Que mientras un dolor no se remedia,



Siempre es pesada y triste su memoria :
 Vamos á ver tu herido, que en la media
 Ladera deste monte, si en mi gloria
 Mi seso no quedó tambien deshecho,
 Una yerba he notado de provecho.
 Y aun segun de tus armas las señales
 No á ti te dañará el precioso pisto,
 Remediará siquiera agenos males,
 Quien ya los suyos sin remedio ha visto,
 Dijo : y Bernardo con palabras reales
 Las gracias rinde, y él en paso listo
 A toda diligencia va, y revuelve
 Mil yerbas, y una entre ellas coge, y vuelve.
 Llegaron á la playa, y en su lecho
 Al rey de Persia hallaron desagrado,
 Que en la mudanza y ejercicio hecho
 Se habian las rojas llagas reventado :
 Mostró el médico allí su hidalgo pecho,
 Y de la yerba el bálsamo preciado
 Mitigando el dolor de las heridas,
 Que las dejó á dos curas guarecidas.
 A los demás heridos de su mano
 Curó en término hidalgo y modo afable,
 No obstante que traia el rey persiano
 Consigo á Eleno, medico intratable,
 De manos cruel, y corazon villano,

Y demás de ser áspero y mudable,
 Mas erres tuvo al grado y mas errores,
 Que Roma y sus primeros fundadores,
 Pero el favor que donde quiera manda
 Mandó que sabio y acertado sea,
 Que la salud si el mal se le desmanda
 Dios la da sin que el médico lo vea :
 Ni el fuego aprieta, ni el aceite ablanda,
 Si él no da la virtud, ni nadie crea
 Que la purga le mate, ó le dé vida,
 Sino es la eterna ordenacion cumplida.
 Esto es del vulgo, y del que hizo á Eleno
 Por favor protomedico persiano,
 Que nadie ignora que contra el veneno
 La triaca halló el saber humano :
 Y una yerba el isleño entre aquel heno,
 Con cuyo jugo, y su prudente mano,
 Por naturales terminos regidos
 Al rey sanó, y á los demás heridos.
 Agradó tanto al valeroso godo
 Del esculapio nuevo la cordura
 El trato afable, el cortesano modo
 De sales lleno, y grave compostura,
 Que deseoso de saber del todo
 De su vida el suceso y la ventura,
 Que en dolor vivo y esperanza muerta

Le echó en parte tan áspera y desierto ;
 Un dia al delgado viento de la playa,
 Sobre una roca en que la mar batia,
 Y al resurtir en una corva raya
 La blanca espuma aljófares bullia,
 Sirviendo á sus cristales de atalaya,
 Y haciendo dellos mas alegre el dia,
 Puestos los dos entre el penasco fijo,
 Así al isleño el español le dijo :
 «Las muchas partes que el valor descubre
 En las noblezas de tu fiero pecho,
 Y la sabia prudencia que en él cubre
 El dolor fiero en que le traes deshecho,
 Cuanto con tu recato mas se encubre,
 Tanto mayores cosas del sospecho,
 Y hallo en sus señales y costumbres
 De un hidalgo español claras vislumbres.
 Sácame desta duda, y pueda ahora
 Contigo algo el amor que en mi has hallado,
 Dime de la fortuna burladora
 Las varias vueltas con que aquí te ha echado :
 Cuéntame en fin tu vida, y su mejora,
 Si alguna en esperanzas te ha quedado,
 Y cree si aquesto mucho te parece,
 Que ya lo que te estimo lo merece.
 Y mas te juro en fe de caballero,
 Que jamás por mi culpa te arrepientas
 De haberme hecho este gusto, con que quiero
 Que solo el tuyo en mis intentos sientas :
 Y si en los tuyos puede un verdadero
 Amigo aprovecharte, me consientas
 Que ocupe yo el lugar del que te falta,
 Pues no la hay en mi amor ni en fe tan alta.»
 Dijo, y el noble isleño entre no poca
 Confusion se halló corto y atado,
 Oyendo al caballero de la Roca,
 Que así el bravo español era llamado :
 Es fuerza obedecer por lo que toca
 Dar gusto al que es de todos adorado,
 Mas halla sus discursos tan estraños,
 Que no los contará en un siglo de años.
 Admirase tambien que en su pregunta
 Le llamase español por alabanza,
 que en tan tierno sugeto se halle junta
 Con tan grande braveza tal templanza :
 Al fin aunque ni entienda ni barrunta
 Que sea quien es, conoce en su crianza
 Que es digno de que en todo le obedezca,
 Y que él lo mismo que le ofrece ofrezca.
 Y así le respondió, «pues que no puedo
 A tan nueva merced dar recompensa,
 Ni á las obligaciones en que quedo
 Pagar sin le hacer notoria ofensa,
 Con referirte el espantoso enredo,
 Y aquella nube de peligros densa
 Que aquí me despeñó en eterno luto
 Te habrá pagado mi alma su tributo.
 Es España mi patria, y en España
 El reino de Leon, y allí Abiados,
 Un castillo en que al pie de una montaña
 El rey Froyla nos dejó heredados :
 De los inclitos condes de Saldaña
 De aquellos cuatro tengo dos costados,
 Los otros por mi padre don Ramiro
 Son de la sangre real de Gundemiro.
 Es mi nombre Gundemaro, y yo todo
 De la nobleza montañés nacido,
 Criado en el palacio del rey Godo,
 Y de su córte y del favorecido,
 Hasta que el tiempo por estraño modo,
 De mi enemiga estrella compelido,
 Mudó el curso feliz, y ya impedida
 Su corriente trocó la de mi vida.
 Ya por tres veces la inconstante lumbre,
 Que desde el primer cielo el mar revuelve,

Sus mudanzas siguiendo y su costumbre,
 En plata el oro de sus cuernos vuelve ;
 Y otras tantas Faeton de su vislumbre
 Le bañó el hueco rostro, que desvuelve
 De las tinieblas los ocultos casos,
 Y en los hurtos de amor medrosos pasos.
 Despues que ausente á la asturiana córte
 Al curso voy de mi contrario sinó,
 Ciego en la tierra, y en la mar sin norte,
 Y aquí y allí sin rumbo ni camino :
 Fuera de estilo, y de hallarle córte
 De mi vida al confuso desatino,
 De una desgracia en otra, y de una en una
 Espirimentando azares de fortuna.
 Por la ambicion francesa el rey de Asturias,
 Que es mi rey, está en grave estrecho puesto,
 Contra cuyas montañas las tres furias
 Han conmovido de la tierra el resto ;
 Y á mí tambien del tiempo las injurias
 Traído me han á este escondido puesto
 Por la misma ocasion que un desdichado
 Hasta el ageno mal halla á su lado.
 Despachó embajadores el rey Casto
 A los circunvecinos reyes Moros
 Por favor de dineros, que al gran gasto
 De la guerra son cortos sus tesoros :
 Mas para que sin fruto el tiempo gaste
 En cuentos largos de rodeos sonoros,
 Si al ancho curso de la pena mia
 Cualquiera tiempo es corto, y breve el dia ?
 Fue destas embajadas mia la una
 Al toledano rey, y al de Granada,
 Y ocasionada dellas mi fortuna
 La suya comenzó con mi jornada :
 Llegué á Toledo, y mi creciente luna
 Allí de dicha y de favor colmada,
 A menguar comenzó por el camino
 Que luego hice al reino granadino.
 Supe que al rey en una alegre caza
 Robó su Doralice un jayan fiero,
 Y que á una fuerte insupugnable plaza
 La llevaba con solo un escudero :
 Juzgué el poner en socorrerla traza
 Precisa obligacion de caballero,
 Y hacer al rey y al reino mas propicio
 Con la nueva ocasion de tal servicio.
 Dejé mi gente, y tras la justa empresa
 Por la espesura entré de una montaña,
 Perdíme por tomar una atraviesa
 Con la ignorancia de la tierra estraña ;
 Y de una selva en otra, y desta en esa,
 Cruzando á tiento el monte y la campaña,
 Sin camino, sin senda, ni sin guia
 A Málaga llegué perdido un dia ;
 Donde de una galera de corsarios
 Que echó á la costa un áspero Levante,
 Y del furor del tiempo y sus contrarios
 No quedó dellos vivo hombre importante,
 Entre otras presas y despojos varios
 Que dió y quitó la mar como inconstante,
 Fue una cautiva hermosa á maravilla,
 Que cual perla oriental salió á la orilla.
 Y sin ser su riqueza conocida
 De la codicia bárbara insaciable,
 En almoneda pública traída
 Se puso en precio el suyo inestimable :
 Y en pujas y pregones distraída
 La beldad se vendió mas agradable,
 Que en cuanto alumbra el sol, y el mar encierra,
 El cielo puso á vistas de la tierra.
 Una honesta y bellissima doncella,
 De luces llena y varios resplandores,
 Rodeada al cuerpo de un almalafa bella
 De un rico zarzahan de mil colores :
 Su cara un cielo de beldad, y en ella